
UNA SEMANA EN MALVINAS

Crónica de unas islas (casi) desconocidas

NICOLÁS SCHEINES

 **OYD** | EDICIONES

*A Chío,
compañera de aventuras*

Mi querido Hernández: cumpliendo con la promesa que usted me exigió en julio próximo pasado de hacerle la relación de mi viaje a las Islas Malvinas, le envío las siguientes líneas, que quizás le ofrecerán algún interés, por la doble razón de ser de ellas propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños.

Augusto Lasserre en carta a José Hernández publicada en el diario *El Río de la Plata* entre los días 19 y 21 de noviembre de 1869 bajo el título «Descripción de un viaje a Malvinas»

Las Malvinas, para la gran mayoría de nosotros, son, fundamentalmente, dos formas en un mapa [...] Como las Malvinas en sí mismas no son nada, pueden significarlo todo. Son un fetiche de la nacionalidad, el objeto del deseo por antonomasia, y cada uno puede ver en sus siluetas, cambiantes como jirones de nubes, el rostro inconfundible de su anhelo máspreciado.

Carlos Gamerro, obtenido de *Shakespeare en Malvinas* (Espacio Hudson, 2018), publicado originalmente en el suplemento «Radar» del diario *Página/12* el 16 de junio de 2002 bajo el título «14 de junio, 1982»

Y una leyenda en los títulos finales instala otra vez el lema recurrente, esa especie de contraseña obligada, presente en libros de texto, manuales, sitios web, películas, documentales, afiches, pintadas callejeras, programas de televisión, camisetas, etc.: «Las Malvinas son argentinas».

Julietta Vitullo, *Islas imaginadas. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos* (Corregidor, 2012)

PALABRAS PRELIMINARES

El viaje trae voces. No hay forma de describir una región, un conjunto de habitantes, una geografía. ¿Cómo son las Malvinas, cómo son sus habitantes? Como todo el mundo, como cualquier sociedad: con gente distinta y, cada uno, con percepciones diferentes. En una semana no los voy a conocer a todos. En un mes tampoco podría hacerlo, ni en un año. En cualquier caso, ¿de qué valdría saber *todo* de las islas y de sus pobladores?

Entonces solo quedan los fragmentos, los pedazos que podrían componer un todo, que generan esa ilusión de rompecabezas terminado, aunque en realidad sea solo un pedacito, cinco o diez piezas que más o menos encastran en un puzzle de quinientas.

Este libro no pretende ser una guía de viajes (aunque seguramente le va a resultar útil a cualquier viajero). No es una

investigación periodística ni académica, porque no hay método para abordar la cuestión (aunque toda escritura es consecuencia de un conjunto de lecturas, y este texto no le escapa a esa máxima). Tampoco es ficción (aunque no puedo asegurar que todo lo que se dice aquí sea estricta verdad). Mucho menos es una narración histórica (pero hay historia), un ensayo naturalista (pero hay descripción de flora y fauna) o una reflexión filosófica (pero ¿cómo no dejar planteada aquí una postura?).

En suma, no es ninguna de estas cosas y, a la vez, es un poco de cada una. Es, antes que nada, una crónica de un viaje: una aproximación a las Malvinas, esas famosas islas de las que ignoramos casi todo. Viajemos.



DOS HOTELES EN EL CENTRO

El día de nuestro arribo a Malvinas parece ser excepcional: casi sin viento, solo algunas nubes sueltas se mueven por el cielo y permiten que el sol lo ilumine todo, incluso por la tarde. Hace frío, sí, pero es perfectamente soportable con una remera, un sweater y una campera de abrigo. Es cierto que todavía es verano y que, en mi imaginación, yo iba a andar de remera al sol, pero en la realidad, no me puedo quejar. Solo me faltan guantes, y me propongo adquirirlos apenas lleguemos al *centro*.

Ahora nos toca hacer a pie el camino que antes hicimos con el micro. Cruzamos la ruta —con la clásica sensación de peligro que producen los autos yendo por el carril contrario— y descubrimos que la vereda se mete en el jardín de un vecino para acortar camino. No está mal el pasadizo, y aparte resulta inevitable, porque enfrente no hay vereda.

Bajamos por la calle perpendicular a la ruta mientras sacamos fotos a cada una de las casas. Creo que esa manía por fotografiarlas tiene que ver con el sinsentido de encontrar esas casas inglesas en Argentina, con ese choque cultural que se da en nuestras cabezas por haber repetido hasta el hartazgo «Malvinas Argentinas» y encontrarnos con este pueblo que tiene menos elementos «argentinos» que Montevideo, Santiago de Chile o La Habana.

Caminamos cuatro cuadras de bajada pronunciada y llegamos a Ross Road, a la que nunca llamamos así, sino simplemente «la que va paralela a la costa». A nuestra derecha hay un cementerio. «Mejor visitarlo al día siguiente con más luz»,

pensamos. Doblamos a la izquierda, en dirección al *centro*, pero nos asustamos, porque la calle parece terminar cien metros después. Al llegar a ese punto, descubrimos que se trata de la arteria perpendicular principal (o eso concluimos luego de corroborar que en sus inmediaciones se encuentran los cuatro pubs de Stanley concentrados en dos cuadras, el famoso Glove Tavern y los menos conocidos Victory Bar, BitterSweet y el novísimo Deano's Bar).

La Ross Road continúa recta luego de hacer veinte metros a la derecha. En esa intersección se puede ver el muelle, nuevo y bien arreglado, donde imaginé el centro social de los «islanders» (así se llaman a sí mismos los locales, poco afectos al gentilicio «kelper», que hace referencia a un alga pegajosa). Me equivoqué. Tal vez sea así en pleno verano, pero en el anteuúltimo sábado estival, a las seis y media de la tarde, con el sol todavía dando luz y algo de calor, el muelle, sin un solo barco cerca, cuenta solo con la presencia de los visitantes argentinos que reconocíamos de Río Gallegos y el avión. ¿Los isleños se habrán guardado en sus casas a causa de nuestra presencia? Imposible saberlo, pero en ese momento ni se nos cruzó por la cabeza.

Después de las fotos de rigor, cruzamos al Waterfront, que queda enfrente del muelle, con la intención de reservar una mesa para comer más tarde.

—¿Hoy, cenar?—nos responde el mozo chileno que atiende detrás de la barra, en el salón-restaurante del hotel boutique

más exclusivo de la ciudad—. Sin reserva, imposible. Es sábado a la noche.

Es cierto. Las diez mesas o están ocupadas (con gente comiendo el plato principal antes de las siete de la tarde) o tienen su cartelito de «reservada».

Al salir, vemos el salón a la derecha: un living de piso de madera, biblioteca, música funcional y sillones ingleses, con ventanal mirando al agua, apenas más pequeño que el salón, casi lleno, con gente más parecida a Bonnie que a los chilenos que atienden el restaurante, todos bebiendo algo y esperando para pasar al salón. Con cierta decepción por nuestro frustrado sábado a la noche, salimos a seguir «pateando» la Ross Road.

Ya habíamos visto banderas británicas en muchas casas —son la minoría, es cierto, pero llaman tanto la atención que da la sensación de que cada casa tiene su propia Union Jack—, pero aún no nos habíamos topado con los carteles. Un local enorme, con banderas de buceo, que da directamente al agua, tiene afiches escritos a mano con frases como:

DIALOGUE

NO DIALOGUE IS POSSIBLE UNTIL ARGENTINA GIVES UP ITS
CLAIMS TO OUR ISLANDS. RESPECT OUR HUMAN RIGHTS.

PEACE

PEACE CAN ONLY BE ACHIEVED IF ARGENTINA:

- CEASE ALL HOSTILITIES AGAINST US.
- APOLOGIZE FOR INVADING OUR COUNTRY.

- RECOGNIZE OUR RIGHTS TO SELF-DETERMINATION.
DROP YOUR SOVEREIGNTY CLAIM.

FLIGHTS

WE DO NOT WANT ANY MORE FLIGHTS IN OR
OUT OF ARGENTINA.

COMPLY WITH THE INT CIVIL AVIATION CONVENTION.³

Hay todavía más carteles, pero no son fáciles de leer y, dada la poca hospitalidad que emana el lugar, consideramos prudente no acercarnos más. Esta casa será la expresión más explícita de rechazo hacia la Argentina que veremos en todo nuestro viaje, aunque, palabras más, palabras menos, lo que se dice en los carteles tiene mucho que ver con la creencia de buena parte de los habitantes de las islas, según lo que podremos observar durante nuestra semana allí.

Más allá de esta afrenta hacia nuestra nacionalidad —mientras rememoro mi sensación ante esos carteles, me pregunto qué sentirá un británico cuando escucha a nuestro pueblo hermanado en canchas de fútbol cantando «El que no salta es un inglés»—, seguimos camino por la Ross Road y entramos al

³ **Diálogo:** No hay diálogo posible hasta que Argentina no renuncie a su reclamo por nuestras islas. Respeten nuestros derechos humanos. // **Paz:** La paz solo puede ser alcanzada si Argentina: -Cesa todas las hostilidades contra nosotros; -Se disculpa por invadir nuestro país; -Reconoce nuestros derechos de autodeterminación; -Abandona su reclamo de soberanía. // **Vuelos:** No queremos más vuelos desde o hacia la Argentina. Cumplan con la Convención de Aviación Civil INT.

supermercado para conseguir mis guantes. Propiedad de la FIC («Falkland Island Company»), el supermercado tiene adelante una cafetería self-service que recuerda vagamente a un patio de comidas de shopping —solo que con un único negocio— y que luce bastante llena para ser la cena de un sábado a la noche. Además de la cafetería, se exhiben libros para comprar —casi todos clásicos y bestsellers modernos— y hay una tienda de tecnología que promete grandes novedades. En la sección de ropa —porque el supermercado es verdaderamente grande, sobre todo si se tiene en cuenta que allí viven poco más de dos mil personas, que hay otro supermercado aún más grande en las afueras, y que hay unos ocho minimercados en la ciudad— conseguimos los guantes, y después recorremos un poco las góndolas. Absolutamente todo es importado, excepto una cerveza de producción local. Eso le da un aire *internacional* al supermercado, pero prefiero los argentinos, donde casi todo lo que se encuentra es de producción nacional.

Con mis manos ya calientes por mis guantes nuevos salimos, ahora sí, decididos a comer. Sabemos que la cena es temprano y que no hay muchos lugares para comer, así que vamos directamente al Malvina House, el otro lugar recomendado (es decir, el restaurante del otro hotel bueno). Llegamos y nos informan que, tal como en el Waterfront, las mesas del salón también están todas reservadas, pero que, a diferencia del Waterfront, ellos permiten cenar en el *lounge* (así le llaman al living con mesitas y sillones, donde se bebe algo antes de pasar al salón).

ÍNDICE

Palabras preliminares	11
Una delegación de argentinos sobrevuela el Atlántico Sur.....	13
Una base militar y una carretera entre los pastizales	25
Una pequeña ciudad.....	35
Un hotel en las afueras	44
Dos hoteles en el centro	56
Las historias que se cuentan en esa pequeña ciudad	65
Los muertos que no conocíamos	69
La Casa del Señor	75
Un museo de guerra	81
Excurso: Composición tema, «Las Malvinas».....	86
Continuación del museo	97
Un día en la vida de Stanley	123
Una conversación entre argentinos e isleños	133
Un lugar con pingüinos.....	157
Algunas personas en unas islas.....	171
Los soldados conocidos por todos	189
Un faro y una playa fantasmagórica	203
Esos malditos montes	217
Últimas horas en unas islas ya conocidas	229
Epílogo	241
Nota final: bibliografía	247
Agradecimientos.....	251